

107

DON TOMÁS ESTRADA PALMA

Gral. DOMINGO MENDEZ, CAPOTE

TOMÁS ESTRADA PALMA, nuestro primer Presidente, no puede aún ser juzgado como tal. La figura de Don Tomás, como gobernante, está esperando todavía que pasen los años para que la historia se pronuncie, imparcial y documentadamente, sobre la participación que a él cupo y de la que es responsable, en su período de gobierno.

Fué un momento complicado, difícil y ardoroso de nuestra historia política. Todavía no se han adormecido totalmente las pasiones que se enardecieron entonces y caldearon hasta el rojo blanco. Quedan con vida aún muchas cosas y muchos hombres que se estimaron y estiman heridos por la acción directa del gobernante. El juicio de sus adversarios no podría ser imparcial, ni siquiera equitativo. Los que fuimos sus colaboradores estamos más impedidos aún si cabe para pronunciarnos con ánimo libre y espíritu sereno. La parte de responsabilidad que pudiera cabernos en la actuación de aquellos días, al final tormentoso, puede poner una venda ante nuestros ojos que oculte, u oscurezca, o desfigure la verdad.

Esperemos, pues, que llegue para Don Tomás, como yo confiadamente espero, el día de la justicia. Y mientras tanto pensemos en los aspectos interesantísimos y verdaderamente enternecedores de la vida de aquel cubano, por muchos conceptos digno y venerable.

Para el elemento joven que nutrió las filas de la revolución del 95, es decir, para mi generación, para los que nacimos unos años antes del 10 de octubre y durante la guerra de los Diez Años, Tomás Estrada Palma aparece como uno de los factores más visibles, admirados y reverenciados de la leyenda revolu-

cionaria. Y volviendo la vista a aquella época feliz en que, llenos de fe, de esperanza, de ardor patriótico, conmovió nuestra alma juvenil, abierta a todos los entusiasmos, las fases ingentes y fascinadoras de la lucha épica de Cuba en su período más duro y más vibrante, la figura de Estrada Palma se nos aparece como evangelizada.

Allí está todavía en nuestros recuerdos vivos y lúcidos de la leyenda revolucionaria, la silueta definida del hombre que fué compañero de Céspedes, que entregó su persona y sus bienes a la Revolución en la que trabajó activamente hasta llegar a ser nombrado Presidente de la República en Armas. Viene después el día en que fué hecho prisionero por el enemigo, su largo cautiverio en el Castillo de Figueras, y más luego el cubano irreducible, peregrinando por países extraños, sin abdicar de sus sacrosantos ideales separatistas. Después el Maestro, el solitario del "Central Valley", el sucesor de Martí en la Delegación suprema del Partido Revolucionario cubano. Nadie podrá borrar del ánimo de los cubanos, aún de los que fueron sus adversarios, aquella figura que vista de ese modo resulta muy grande, y es verdaderamente inmaculada.

Y aún descendiendo de esa pura y elevada visión legendaria, ha de estar patente para todos las cualidades excelsas que rodeaban a aquel hombre, y que no pudieron ser borradas por lo que estimaron muchos graves errores del gobernante. Y cuando la historia se pronuncie en el caso de Don Tomás, deberá hacer constar que fué un verdadero, un íntegro patriota, un cubano de toda la vida. Un hombre honrado, con honradez absoluta. Un trabajador infatigable. Un carácter serio, disciplinado y de principios sólidamente arraigados. Que vivió una vida honesta; que fué

modesto; que fué frugal; que fué bien intencionado siempre; que constituyó un verdadero ejemplo de ciudadano.

Esas cualidades suyas hicieron que saliera respetado de la Revolución del 68, y mereciera también la mayor consideración y el aprecio de todos durante su largo período de residencia en el extranjero.

Por ello pudo Estrada Palma llevar con éxito la jefatura de la Delegación Revolucionaria cubana, desde la muerte de Martí hasta la terminación de la guerra, tarea mucho más difícil y complicada, y engorrosa y contingente de lo que muchos se figuran. Puede sentarse también como cosa cierta que la obra de Don Tomás, al frente de la Delegación cubana, constituyó un éxito total y definitivo.

Y de todas maneras, quedará siempre en la historia de Cuba la visión de aquel viejecito modesto, sencillo, cubano, muy cubano, que izó por primera vez en Cuba, como símbolo no discutido de libertad e independencia, la bandera de la estrella solitaria. Que llevó con decoro y dignidad la alta representación del pueblo cubano, y que cuando cayó de su elevada posición, supo aceptar los hechos consumados y retirarse a la finca que había heredado de sus padres, dedicando sus últimas energías al cuidado de los suyos y la reconstrucción de los restos de su antigua opulencia.

Habana, mayo de 1929.

M.
Mayo 20/29